

nadie perdonará más que vos. La verdad es que deseo vivamente morir, y que la vida, este harapo de existencia que me queda, me pesa y me ahoga. La verdad es que moriré fiel á mis primeros sueños, y que mi última plegaria será ésta: « Antes de maldecirme, esperad! »

—¡ Esperar!.....—dijo Arthet.

Rambert repitió por tres veces:

—Adiós, adiós, adiós.

A pesar de las declaraciones de aquel hombre, Pascual Arthet pensaba, al volver á su casa, que aquel á quien acababa de hablar por última vez no era un asesino, sino un mártir.

IV.

El culpable.

Había en este gran París una mujer aniquilada, inconsolable como la Raquel bíblica, que se entregaba en completa soledad á sus tristes pensamientos en tanto que se dictaba la sentencia de muerte contra Noel Rambert.

Cuando Madame Laverdac supo la condenación de aquel hombre, movió la cabeza, y dos lágrimas

amargas y dolorosas acudieron á sus ojos, en tanto que decía:

—Sí..... condenado..... pero ¿me devolverán con eso á mi hijo?

En tanto aquel á quien la ley castigaba como el asesino de Paul Laverdac, dentro ya del doloroso camino del sacrificio—de un sacrificio loco y sublime á la par, pero cierto de asegurar á Santiaguito una fortuna y de evitar el cadalso por medio del veneno—se sentía animado de una alegría bienhechora como la que produce un baño ó un hermoso despertar. Le parecía haber logrado el objeto de toda su vida. Olvidaba la prisión, los jueces, los carceleros, la acusación y el veredicto. Todo aquello era para él una fantasmagoría, un sueño de enfermo, una pesadilla sin consecuencias. La única realidad para él era ésta: « Mi Santiaguito será rico. »

El pobre hombre no tenía otro pensamiento, ni sus labios articulaban otras palabras.

Le parecía que aquella riqueza no costaba nada.

Además, parecía que la tisis empezaba á apaciguarse. No tenía ya tos, y hasta sus fuerzas iban en aumento.

Noel se sentía reanimado y rejuvenecido. Decía algunas veces:

—¿Quién sabe? Acaso pudiera vivir.

Pero añadía en seguida:

—¡Bah! ¡para lo que vale la vida!

Tenía prisa por recibir el libro de Silvio Pellico que Arthet había quedado en enviarle, y que contenía en su cubierta la libertad. La idea del suicidio constituía ya en él una resolución formal, y como se sentía dueño de su vida, la prisión le parecía más dulce. Sabía que había de salir bien pronto de ella. «Y no sólo de ésta—pensaba él—sino de la prisión del mundo.»

Y pensaba en aquella existencia á que la suerte le había condenado. «Mis *Memorias* no exigirían muchos volúmenes, pensaba. En una línea podrían contenerse. He trabajado mucho y he sufrido más.»

Y añadía:

—Después de todo, así son las *Memorias* de todos los pobres.

Le habían trasladado de la Conserjería á la Roquete. En aquella gran celda de los condenados á muerte, cuadrada y fría, especie de enorme cajón, con la camisola de fuerza que le serraba los brazos, suprimido ya del mundo, se sentía consolado.

—Nunca he visto un condenado como éste—decía uno de sus guardianes.—Si la enfermedad no hubiera demacrado su rostro, á fe mía que parecería alegre.

Rambert recordaba sus goces de los veinte años, sus amores con Marta que tan feliz le habían hecho, aunque por poco tiempo, y todas las alegrías de su vida; pero ¿qué valía todo aquello, qué significaba aquel polvo del pasado si se comparaba con la alegría que entonces le inundaba, con aquella realidad increíble? Santiago se había salvado; Santiaguito, débil y enfermizo, no pasaría privaciones ni sufrimientos. Su porvenir estaba asegurado. Sería dichoso.

.....

Quando presentaron á Daniel la tarjeta del doctor Arthet, Mortal se sintió ligeramente turbado. Por muy acostumbrado que estuviese á ocultar sus sentimientos y á dominar sus vacilaciones, no podía librarse aquella vez de cierta emoción al pensar que iba á encontrarse frente á frente de un hombre cuya austeridad, rectitud y energía le parecían un poco temibles.

Daniel se miró un momento al espejo y procuró dibujar en su rostro una sonrisa antes de pasar á ver á Arthet, que le esperaba en un saloncito.

El choque fué seco y frío. Saludos indiferentes y pocas palabras. Arthet, un poco cohibido, procurando contener un estremecimiento á la presencia de aquél, cuyo comportamiento en los días de proscripción recordaba, pronunció el apellido Rambert.

—¿Rambert?....—exclamó Mortal, no queriendo descubrirse hasta oír á Arthet.... ¿El acusado?.... ¿El condenado?

—¿No le habéis hecho cierta promesa?—preguntó Arthet.

—Sí—contestó Mortal.

Y sonrió, por más que nunca se había sentido tan profundamente emocionado.

Luego prosiguió.

—Efectivamente, le he prometido algo para su hijo. Me intereso por ese pequeño inocente.

Cogió de un armario un pliego lacrado, que volvió y revolvió un momento en su mano.

—Este sobre contiene un resguardo firmado por Mr. Justin Noblet, mi notario—dijo.—Esto es, sin duda, lo que Rambert os envía á buscar. Me halaga mucho poder ayudar á ese desgraciado, á quien compadezco. Pero, como comprenderéis, no es á su nombre, sino al de Santiago Rambert, al que he hecho lo que podría llamar esta..... dona-

ción. Vos la guardaréis, puesto que, según parece, sois el tutor de ese niño, hasta la mayor edad de Santiago Rambert. Cuando llegue á ella, podéis presentaros en el despacho de Mr. Noblet ó de su sucesor, y os entregarán la suma que dono al hijo de Rambert.

—Está bien—dijo Pascual, que trataba de averiguar lo que había de oculto en las palabras de Mortal.

Daniel le tendió el pliego, y mostrándole el lacre rojo que sellaba el sobre,

—Os ruego me perdonéis por haberlo lacrado—dijo con cortésana sonrisa;—pero ignoraba que fuerais vos quien había de venir á buscarlo.

Arthet examinó el sobre. Era el mismo que Noel le había descrito.

—De modo que debo abrir esto.....—dijo.

—Cuando Santiago Rambert cumpla veinte años—contestó Mortal.

—¿Veinte años?

—Sí señor—dijo Mortal.—Hasta entonces os ruego que lo conservéis intacto.

—La recomendación es inútil—respondió Arthet.—Hay dos cosas que un hombre honrado respeta siempre: el secreto de un amigo y la carta cerrada de un.....

—¿De un enemigo?—preguntó Mortal con la misma sonrisa de antes.

Arthet contestó con un gesto de denegación estrictamente cortés, y cogiendo el sobre lo deslizó en su cartera y dijo lentamente:

—No trato de averiguar cómo Noel Rambert puede ser acreedor vuestro. Me limito á cumplir la promesa hecha á un hombre que va á morir. No soy, por lo tanto, aquí ni amigo ni enemigo. Soy un simple mandatario.

Cuando salga de vuestra casa podré volver á ser lo que era antes de entrar en ella, es decir, un hombre que no ha olvidado nada de la historia de Diciembre; el compañero de cautiverio y de cadena de Mr. Laverdac padre.

—¡Laverdac! — exclamó Mortal retrocediendo instintivamente y preguntándose si Arthet sabría, si adivinaría algo.

Pero pronto se repuso de su emoción, y alzando los hombros, dijo con su eterna sonrisa:

—Eso es historia antigua.

É hizo una inclinación de cabeza como en señal de despedida.

El doctor, que ya se había vuelto para salir, volvió la cabeza, miró de arriba abajo á Mortal, y le dijo con voz clara y enérgica:

—Historias antiguas son, ciertamente, pero siempre nuevas para mí. La sangre aquella se ha secado, pero no está lavada aún.

Saludó á Daniel y salió.

Mortal le vió desaparecer, y una vez solo, se sintió como aliviado de un gran peso.

—¡Bah! — dijo;— decididamente los hombres honrados son tontos. ¡Con éste se juega con la misma facilidad que con los demás!

Bien pronto olvidó la impresión de aquella visita, y volvió á tomar su vida alegre de agiotista y periodista marrón.

—¡Pero estáis más joven y más animoso cada día!—solían decirle sus amigos.

—¿Qué queréis?—respondía.—La fuerza de voluntad basta para no envejecer.

Y sonreía.

Los procedimientos judiciales seguían en tanto su curso.

Los autos del negocio Rambert iban y venían por el Palacio de Justicia. Pasaban de unos magistrados á otros, y las gentes de la curia llenaban los requisitos necesarios para el cumplimiento de la sentencia.

Llegó, por fin, el día en que París, ese París que lo sabe todo, ese París ansioso de noveda-

des, supo que al amanecer el día siguiente iba á morir Noel Rambert, el asesino de Paul La-verdac.

Daniel supo la noticia en el círculo. Hacía ya días que se había provisto de un pase del jefe de la policía municipal, en que se le permitía ver de cerca los preparativos y la ejecución. Bajó sin decir palabra; y en tanto que un criado le ponía el gabán, pensó en la ironía de las cosas humanas. No dejaba, sin embargo, de sentir cierta inquietud. Temía que Noel, aterrizado al acercarse á la muerte, desgarrase el increíble pacto realizado entre ambos.

Pensaba que sería demasiado triste naufragar en la orilla.

Deseaba por lo mismo verlo todo, oirlo todo, saber de los primeros cómo caía y cómo moría Noel, y observar si sus labios murmuraban una denuncia antes de cerrarse para siempre. Así tendría al menos el tiempo necesario para prevenirse y para huir.

Era la una de la madrugada cuando Mortal salió del círculo, y en un coche de alquiler se dirigió á la Roquette.

En la plaza y sus alrededores había ya compacta muchedumbre. La guillotina se levantaba si-

niestra, rodeada por todas aquellas gentes que cantaban, silbaban y reían, produciendo confuso bullicio.

Daniel percibió al principio todo aquello como á través de una espesa niebla. La vista de la guillotina le había hecho temblar; pero pronto se irguió, luchó bruscamente contra la emoción, y consiguió que reapareciera en su rostro su constante sonrisa de desdén.

Quiso desafiar al mismo cadalso. Presentó su pase y subió la escalera de la guillotina lentamente y con paso firme.

—¿Qué pensaría yo en este momento si fuera yo el que hubiese de morir?—se decía.

Y se contestaba interiormente:

—¡Qué alto parece esto! ¡Cuántos y cuán terribles pensamientos deben asaltar á uno al subir estos peldaños!

Una vez arriba, se aproximó á la máquina. La cuchilla alzada, amenazadora, incrustada en aquellos dos brazos siniestros, se destacaba en las sombras de la noche con negros reflejos. Al hacer un movimiento á la derecha, Mortal tropezó con una especie de caja larga que le pareció informe y sombría; era la cesta en que caen los cuerpos separados ya de la cabeza, en la que saltan con movimientos espasmódicos.

Daniel trató de sonreír y de imaginarse á sí mismo tendido en ella.

—¡Qué locura!—se dijo.—Parezco un imitador de Lord Birón. El romanticismo ha pasado ya de moda.

Volvió á bajar, en tanto que una voz aguardentosa é irritada decía desde la plataforma:

—¡Ira de Dios! os he prohibido que dejéis subir á nadie.

Un hombre ordinariamente vestido se dirigió entonces á Mortal y le dijo con tono amenazador:

—¿Qué es lo que hacéis ahí?

Daniel presentó su pase.

—En ese caso—continuó el otro—tened la bondad de entrar en la escribanía y podréis presenciar la ejecución desde los primeros puestos, si es que os decidís á pasar allí el resto de la noche.

Mortal entró en una sala estrecha y llena ya de gente, con dos puertas llenas de agujeros. Una conducía á la salida de las prisiones, y la otra se abría sobre los corredores y daba paso á los calabozos.

Junto á las desnudas paredes había unas cuantas sillas ocupadas ya por personajes de singular aspecto, y en el centro una estufa á cuyo alrededor se calentaban los oficiales de la Guardia de París,

que mandaban el destacamento encargado de contener á la muchedumbre.

Mortal se sentó en un rincón, sobre una caja de madera, y miró maquinalmente, por distraer su pensamiento, á las gentes que allí estaban.

Reconoció á dos actores cómicos que le habían divertido mucho tres noches antes, á un periodista y algunas de esas individualidades que en todas partes se deslizan y, sin título alguno, lo ven todo, lo juzgan todo y son eternos é inevitables espectadores de todos los dramas. También se veía por allí á gentes de la clase media, honradas y apacibles, cuya presencia en aquel sitio admiraba á Mortal.

Como la sala era pequeña y todos hablaban en voz alta, podían escucharse todas las conversaciones.

—Tengo una creación soberbia en el nuevo drama de Thiboust.

—Pues yo, desde que estoy en el Gimnasio, no he tenido más que fiascos.

Estos eran los actores.

—Metivier ha permutado. Está ahora en el segundo de lanceros.

—No conozco á ningún Metivier en el segundo de lanceros. Será Metgisier.

—No, no, Metivier.

—Pues no le conozco.

Estos eran los oficiales de la Guardia.

—No os aconsejo los empréstitos de la villa de París. Yo lo dedico todo á las obligaciones de ferrocarriles. Es negocio más seguro.

—Sí, pero en los empréstitos puede uno tener la suerte de que le toque la amortización, y entonces.....

—Sí, sí, fácil es eso. ¿Os ha tocado alguna vez?

—No, á mí no me ha tocado, pero tengo la esperanza.....

—Sí; con la esperanza vive el hombre.

Estos eran dos burgueses.

El periodista tomaba notas. Otros dormían. Un alguacil cortaba con las tijeras la mecha de la lámpara. Otros contaban alegremente aventuras de escenario.

—He aquí—pensaba Mortal—los bastidores de la ejecución. Realmente sería bien estúpido morir para pagar, según dicen, mi deuda á una sociedad compuesta de tales gentes.

Cuando pensaba que un hombre que iba á ser ejecutado á las pocas horas dormía á pocos pasos de allí, y consideraba la antítesis de la celda silenciosa del condenado con las frívolas y bulliciosas

conversaciones de la escribanía, reía irónicamente. Cosa extraña: por un raro fenómeno psicológico olvidaba que él era el principal actor en aquel drama que iba á representarse, y miraba todo aquello como quien asiste á un espectáculo. Le interesaba aquella rara mezcla de trivialidad y de tragedia. Su genio batallador é irónico hasta lo sumo se complacía en escuchar las insignificantes estupideces de aquellas gentes, y le parecía encontrar en ellas una absolución de su propia persona ó más bien, un aplauso interior al papel que había escogido en la comedia del mundo.

—¡Imposible crear ser más necio que el hombre!—pensaba.

Los oficiales continuaban discutiendo sobre la pesadez de sus cascos, que les ocasionaban neuralgias.

Los cómicos reían con estrépito, recordando una aventura recientemente ocurrida en el teatro de Palais Royal.

Mortal empezaba á ahogarse en aquella atmósfera. Sentía pesadez en la cabeza y sus ojos se inyectaban. Hizo que le abriesen la puerta y empezó á pasearse por delante de la cárcel. El aire frío de la mañana le alivió. Estaba amaneciendo. La plaza se hallaba invadida por una multitud

chillona, á la que se veía vagamente moverse alrededor del patíbulo como un montón de andrajos impulsado por el aire. Algunos rayos de luz del naciente día hacían brillar los cascos y los sables de los guardias, y también relucir entre sus dos brazos la cuchilla biselada que iba á caer sobre el cuello de la víctima.

Mortal oyó dar las cinco. En aquel momento se bajaron de un carruaje cuatro hombres con el rostro oculto por el cuello alzado de su gabán, y se dirigieron hacia donde él estaba.

Uno de ellos le dijo:

—¡Calla! ¡Señor Mortal!

Daniel retrocedió instintivamente.

Le pareció que aquella voz amenazaba, que denunciaba. Era el jefe de policía, á quien Mortal conocía mucho.

—Si queréis ver los preparativos, apresuraos— continuó el recién llegado.

Mortal dudó un instante, y luego contestó:

—No, no; no voy.

—¡Pues no será por miedo á una emoción demasiado fuerte! ¡Otras más fuertes habéis sufrido!

—Me quedo aquí acabando el cigarro.

—Como queráis.

Entró el jefe de policía, seguido de sus acom-

pañantes, y Mortal quedó de nuevo solo ante la puerta.

Se sentía invadido de una sensación rara. ¿Era miedo? No. Pero ¿y si Noel hablaba? ¿y si nombraba al verdadero culpable ante aquellas gentes de la policía?

Entonces soy hombre perdido—pensaba Mortal.

Y le daban tentaciones de huir, de volverse á su casa. Permanecer allí, á la mano de la policía, era una locura. Era también denunciarse á sí mismo en el caso en que Rambert hablase. Su asistencia á aquel trágico acto haría creíble la acusación, que nadie hubiera creído en otro caso. Sí, era mejor huir y esperar en su casa la terminación del drama. Si Noel hablaba, llegaría en seguida la noticia á sus oídos, y tendría tiempo de huir. Pero por otro lado, ¡qué agonía tan grande el esperar de lejos! Al menos allí, en aquella plaza, lo sabría todo, lo vería todo, se sentiría más pronto libre de aquel terrible peso que le ahogaba.

Y pensando así, en espantosa lucha consigo mismo, Daniel Mortal contemplaba con fijeza el cadalso. Aquel aventurero intrépido, que había visto la muerte en todas sus formas y que la había considerado siempre como una parodia; aquel hombre audaz que nunca había temblado, sentía

sin embargo miedo aquella mañana al encontrarse cerca de aquella máquina roja que debía haberse levantado para él.

Aquella muerte estúpida, aquella degollina bestial, aquel suplicio rápido y mecánico ante una muchedumbre sonriente, le repugnaba. Se veía con el pensamiento subiendo aquellas escaleras auxiliado por los ayudantes del verdugo, tratando de erguir la cabeza ante la muerte, pero tropezando, con los pies atados, como un buey en el matadero.

—¿Acabar así?—exclamaba.—¡Mejor me levantaría *la tapa de los sesos!*

Continuaba delante de la puerta de la prisión, abstraído en estos pensamientos, cuando oyó una voz que le decía con dulzura:

—¿Me permitís, caballero?

Volvió la cabeza y vió á un sacerdote, un hombrecillo bajo y regordete, que se quitó el sombrero saludándole y entró en la cárcel.

—El confesor—se dijo Mortal.

Nunca había tenido fe; pero al fijarse en aquel hombre solo, humilde, dulce y resuelto, y al verle llamar allá en el fondo del patio de la cárcel á una puertecita que conducía á los corredores en que estaba el calabozo del condenado, se dijo:

—Este hombre debe creer en lo que hace, porque es el único que viene á consolar al abatido, en tanto que todos los demás ríen y amenazan.

La puerta se abrió y entró el sacerdote.

—Antes de tres cuartos de hora—pensó Mortal—todo habrá acabado.

Volvió á entrar en la escribanía. Decididamente no se atrevía á alejarse de la cárcel, por más que temblaba permanecer junto á ella. Prefería desafiarse todo y saberlo todo. Algunos de los curiosos dormían. Un hombre alto, cubierto con un gorro de paño, hablaba con otros dos. Le chocó el aspecto de los tres interlocutores, y preguntó á un guardia quiénes eran.

—El del gorro es el verdugo de París, y los otros dos son el de Limoges y el de Tours.

Miró instintivamente las manos de los tres, y las encontró largas con dedos gruesos y velludos.

—Aquella es la mano que oprimirá el resorte—pensó.

No pudo acabar su pensamiento. Tenía fiebre. Se sentía sacudido por una contracción nerviosa.

—A fe mía—pensaba—que estoy realmente conmovido. Si conociese el miedo, creería que lo tengo en este instante.

Habían cesado las conversaciones en la escri-

banía. Al aproximarse la hora fatal callaban los frívolos, los necios quedaban silenciosos. Se asustaban de lo mismo que anhelaban ver.

Fuera se sentía un griterío creciente, confuso, amenazador, casi terrible. Silbidos agudos cortaban á veces el aire, y otras se oían canciones innobles que parecían ecos de bestialidad ó de infamia.

—¿Vamos?—dijo al verdugo uno de sus compañeros de oficio.

—¿A dónde?—preguntó el hombre del gorro.

—Ya es la hora—dijo el otro.

—¡Ah!—exclamó el ejecutor de la justicia, que parecía salir de un sueño.

Mortal creyó verle temblar.

Se quitó el gorro, lo arrolló y lo guardó en uno de sus bolsillos. Cogió un sombrero de una percha, se lo puso, y con gesto capaz de asustar á cualquiera dijo:

—¡Vamos!

Aquella palabra produjo un escalofrío á Mortal.

—Es temprano todavía—dijo uno.

El verdugo sacó de su bolsillo un grueso cronómetro Breguet y dijo:

—No, no, ya es la hora.

Y guardando de nuevo el reloj, añadió fríamente:

—Es la hora en punto. *Voy con la Bolsa.*

Aun hay shakespeareianos, pensó Mortal.

Y quedó inmóvil en tanto que el verdugo iba á hacer lo que se llama la *toilette* al condenado.

—Dispense usted, caballero, está usted sentado sobre la caja que contiene los instrumentos. Voy á sacar las tijeras, le dijo uno de los ayudantes del ejecutor de la justicia.

Mortal dió un salto. Le pareció que acababa de tocar un reptil, y notó que aumentaba su excitación nerviosa. Empezó á experimentar un nuevo género de terror. Tenía miedo de hacerse traición á sí mismo.

—Debo estar horriblemente pálido—pensaba.

Aquella nueva idea iba aumentando. Temía que pudieran leer en sus ojos cuanto pensaba, como en un libro abierto.

Además, aquella atmósfera de cárcel, aquel olor de encierro y aquella mansión de muerte le apretaban la garganta.

—Me ahogo aquí.....—se dijo.—No estaré más. Me marcho..... No quiero estar más.

Le parecía que se abrían los muros como en ciertas decoraciones de teatro, y que veía á Noel Rambert conversando con el hombrecillo á quien antes había visto, con el sacerdote. De pronto

Noel se interrumpía en su confesión; su demacrada mano se dirigía á él, y oía una voz que decía:

—Ese, ese es el culpable.

—¡Decididamente—dijo Daniel casi en alta voz, —yo estoy malo! ¡No puedo permanecer aquí!

Salió de la escribanía y dió vacilando algunos pasos entre la muchedumbre. Parecía que estaba ebrio. Al fin consiguió pasar por entre aquella masa, y aligeró el paso sin volver siquiera la cabeza. Le parecía sentir en la nuca el ruido de las tijeras y el contacto de la ruda mano del verdugo.

Vovió á pie á su casa sin darse cuenta del camino que seguía; subió á sus habitaciones; colgó instintivamente en la puerta de su gabinete la cadenita de seguridad, y se echó medio vestido en su cama, oyendo aún el ensordecedor ruido de la muchedumbre y viendo amenazador y terrible el pálido rostro del acusado, saliendo con la garganta desnuda de una camisa á la que el verdugo acababa de cortar el cuello.

V.

Santiaguito.

Pascual Arthet sabía, como todo el mundo, que Noel sólo podía esperar su salvación de la gracia de indulto.

—¡Será ejecutado!—pensaba el doctor.—¡Será ejecutado! ¿Y su hijo?....

La salud de Santiaguito le inspiraba también serios cuidados. Aquella naturaleza débil y nerviosa experimentaba hacía días crisis raras, como si su inteligencia ayudada por la enfermedad, comprendiese ó se imaginase los tormentos que sufría su padre.

—Raro fenómeno magnético—se decía el doctor.—Este pobrecito no sabe nada y lo adivina todo.

Él sentía también su corazón traspasado de dolor.

—¡Qué cosa tan lúgubre es la vida!—pensaba.—¡Ver que los mejores, los más puros, caen manchados de esa manera! ¡Es para desesperar de todo!